

Marcos MARTÍNEZ

PRESENTACIÓN

El *Centro de Estudios Medievales y Renacentistas* (CEMYR) de nuestra Universidad de La Laguna no podría haber elegido mejor tema para el contenido de su quinto Seminario que el de «Los universos insulares». En un lugar como el nuestro, ubicado en unas islas de honda raigambre mitológica y legendaria, como son las Islas Afortunadas, celebrar unas jornadas que van a tener las islas medievales como objeto de estudio y análisis, no podría ser más acertado. Vaya, pues, de entrada, nuestra más efusiva felicitación a los organizadores por la elección de tan apasionante asunto que nos va a ocupar en los próximos días. Felicitación que queremos hacer extensiva también a quienes, en esta ocasión, se han responsabilizado de la confección del programa, ya que las ilustraciones del mapamundi del Beato y de la isla Utopía de la primera edición de la obra de Tomás Moro son dos excelentes imágenes insulares muy bien elegidas para la ocasión. Por nuestra parte quisiera, asimismo, agradecer muy sinceramente a los responsables de este evento el que hayan pensado en mí para hacer esta breve presentación.

Son ya algunos años los que venimos dedicando nuestra atención al tema de las islas en la Antigüedad y Edad Media, especialmente en los terrenos griego y latino. Puedo decirles con absoluta honestidad que cuanto más indagamos sobre ellos más difícil va resultando llegar a una clara definición y sistematización de sus múltiples tipos y variedades. Son tantas, y tan diversas, las noticias sobre el mundo insular en los textos citados que intentar hacer una clasificación y tipología de las islas resulta una tarea verdaderamente ardua. No obstante, seguimos en el empeño con la esperanza de ofrecer algún día al público interesado una monografía sobre una temática que, como isleños que somos, nos afecta muy de cerca. Vendría a ser esa obra algo así como una especie de *nesología* o tratado de las islas, hecha por un *nesófilo* apasionado, en el que se recogería lo más granado de los universos insulares, algo de lo cual pretendo adelantarles en esta modesta presentación.

Los geógrafos y los diccionarios al uso suelen definir la isla, más o menos, como porción de tierra rodeada de agua por todas partes y nos hablan de ellas por oposición a los continentes. Pero fuera de la geografía las islas no son eso. O mejor dicho, según esa definición, todo el planeta

es una isla, como ya lo afirmara en el siglo I a.C. el geógrafo griego Estrabón, cuando sostenía que por conocimiento empírico no quedaba más remedio que aceptar que el orbe habitado es una isla. Por otro lado, las agencias de viajes modernas de todo el mundo, y toda la retórica publicitaria inherente a ellas, no se cansan de decirnos que el paraíso se encuentra en alguna isla, ello a pesar de saber que el paraíso no existe, al menos en esta vida. Por eso las islas turísticas poco tienen que ver con las islas marítimas. Fuera de la geografía y del turismo, las islas son otra cosa. Son un *alter orbis*, otro mundo. Son espacios privilegiados de todo tipo de experiencia tendente a resolver el problema de la humana condición. Son los lugares apropiados de lo que podríamos llamar la geografía mental. De ahí la extraordinaria dimensión simbólica que les conferimos a las islas al verlas como centro, lugar de origen, punto de llegada, etc. Ello explica la mística particular que rodea a las islas y su riqueza alegórica de la isla-refugio, la isla-soledad, la isla-libertad, o sea, la isla como meta soñada, ideal a alcanzar, sinónimo de viaje y descubrimiento. Los psicólogos, por su parte, no se cansan de explicarnos ingeniosamente esta seducción del espíritu humano por las islas y así nos hablan de las islas y su identificación con el universo materno y el mundo de la más tierna infancia. Son, como ha dicho el gran medievalista Jacques Le Goff, el gran personaje del imaginario humano: un mundo cerrado y misterioso en el que la ficción genera la proyección de una facilidad ideal. Así se entiende que nuestro admirado paisano Luis Álvarez Cruz, que tanto escribió y poetizó entre nosotros sobre las islas, las definiera como «porciones de tierra rodeadas de teorías por todas partes». Si hay lugares especialmente idóneos para lo imaginario, esos son las islas. Como muy bien dice C. Kappler, las islas son, por naturaleza, los espacios en los que lo maravilloso, lo extraordinario, lo mítico y legendario existe por sí mismo fuera de las leyes habituales. Son los centros espirituales primordiales por excelencia, los espacios paradisiacos más socorridos, la sede, en una palabra, de todo tipo de utopía, o, como decía Lawrence Durrell, en su conocido libro sobre las islas más bellas del mundo, son «tierras llenas de encanto». Hacer ver esto será uno de los objetivos del presente Seminario.

Pero las islas como objeto de estudio y como protagonistas de las más diversas creaciones artísticas y científicas del ser humano han figurado en un sinfín de obras. En el mundo de la música, Haydn, sobre un libreto de Métastase, dedicó una de sus óperas a la *isla deshabitada*. Otros grandes músicos que prestaron cierta atención al mundo insular son Lully, Gluck y Rameau, sin olvidar a M. de Falla con su sinfonía de *La Atlántida*. Se ha dicho, no sin cierta razón, que la isla más bella es la que no existe, la inencontrable, la *Non Trovata*, el lugar de ninguna parte de la fantasía y utopía humanas. Esta isla ha sido cantada últimamente por los italianos Edoardo Bennato en *L'isola che non c'è* y Francesco Guccini en *L'isola non trovata*, en sendas canciones compuestas, la una en homenaje a Peter Pan y la otra a Guido Gozzano.

En la pintura es digno de reseñar el famoso cuadro *El embarque rumbo a Citera* del pintor del siglo XVIII A. Watteau, así como los cuadros sobre islas de la pintora contemporánea, de origen checo, I. Dedicova. El tema de la isla en el cine es tan considerable que sólo puede ser objeto de una monografía aparte en la que necesariamente tendrían que aparecer títulos como *La fuga de Alcatraz*, *Papillón*, *El lago azul*, *Rebelión a bordo*, etc. El hecho de que Dante, hacia 1300, situara el Purgatorio en una isla ha hecho más por la divulgación de este escatológico concepto que todas las elucubraciones teológicas que le precedieron. Grandes pensadores e historiadores del pensamiento se han servido también de la isla como metáfora o punto de referencia de sus ideas. Montesquieu, por ejemplo, decía en su *Defensa del espíritu de las leyes* que las gentes de las islas son más propensas a la libertad que las del continente y Hume abre sus famosos *Ensayos sobre el entendimiento humano* con la referencia a la isla desierta, mientras que Rousseau, por su parte, llega incluso a sostener en el segundo de sus *Discursos sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, que es muy probable que la sociedad y las lenguas hayan nacido en las islas y se hayan perfeccionado antes de ser conocidas en el continente. Nuestro Baltasar Gracián abre y cierra su obra *El Criticón* con dos islas: la isla de Santa Helena y la de la Inmortalidad. Inmanuel Kant, el gran filósofo alemán, precursor de casi toda la filosofía moderna, en el segundo prefacio a su *Crítica de la razón pura*, recurre a la metáfora de la isla para decirnos que «el país del entendimiento puro es una isla que la naturaleza encierra en límites inmutables... es el país de la verdad rodeado de un vasto océano tempestuoso, verdadero imperio de la ilusión». Por metáforas como ésta, nada tiene de extraño que se haya bautizado al filósofo alemán como «el cartógrafo de la razón». Precisamente al tema de la isla como metáfora y a su representación visual en la Edad Media dedicará su intervención el Profesor Joaquín Yarza.

En el mundo moderno los universos insulares se ven más como enclaves estratégicos militares, como centros turísticos o como zonas francas para el comercio. Pero a lo largo de los siglos estos espacios fabulosos que son las islas han fecundado nuestra imaginación y han engendrado una abundante literatura de novelas insulares en las que los piratas, bucaneros, misioneros, mercaderes, colonos y navegantes son sus actores, al ser el paraje feliz por antonomasia y el lugar de todos los posibles. De ahí la extraordinaria abundancia de islas poéticas o literarias que se recogen, por ejemplo, en la obra de A. Manguel y G. Guadalupi, *Guía de lugares imaginarios*: islas míticas, utópicas, escatológicas, legendarias, fantásticas, flotantes, mágicas, encantadas, paradisiacas, fantasmas, etc. Este maravilloso islario empieza a configurarse en el siglo VIII a. C. con la literatura griega, germen de todas las literaturas europeas posteriores. No es de extrañar que un pueblo como el griego, que cuenta con más de tres mil islas en su geografía, haya desarrollado una rica literatura insular desde la misma *Iliada*, pero sobre todo desde su gran poema insular como es la *Odisea*: isla de Circe, de Calipso, de los feacios, de los

cíclopes, de los lotófagos, etc. Prácticamente toda la literatura griega antigua está marcada por la condición insular. Aristófanes, el famoso comediógrafo ateniense del siglo V a. C., llegó a dar el título de «Islas» a una de sus comedias y Luciano, en el siglo II d. C., llega incluso a superar nuestra capacidad de imaginación al relatarnos en el primer libro de sus *Relatos verídicos* nada menos que una batalla naval de islas, como si de trirremes se tratara. Desde el siglo IV a. C. las islas griegas son objeto de estudios en obras dedicadas enteramente a ellas, origen remoto de los famosos islarios medievales y renacentistas que empezamos a encontrar desde finales del siglo XIV. Estos tratados sobre islas en la literatura griega antigua se los debemos a autores como Heraclides Póntico, Calímaco, Jenágoras, Filostéfano, Conón y, sobre todo, Diodoro Sículo, cuyo libro V de su *Biblioteca histórica* puede considerarse como el primer libro insular de toda la literatura europea occidental. De estas islas aquí descritas el grupo de siete, formado por las islas de Sicilia, Cerdeña, Córcega, Creta, Eubea, Chipre y Lesbos, es muy citado a lo largo de los siglos hasta el Imperio Bizantino, cuyas islas tan magistralmente ha estudiado E. Malamut. Estas islas, desde la perspectiva de los viajeros en la Edad Media, serán precisamente el eje central de la intervención de la Profesora Jacqueline Hadziiossif. En relación con los griegos, los latinos no prestan mucha atención al mundo insular. No obstante, autores como Mela, Plinio y Tácito, entre otros, describen islas de vez en cuando en sus obras. Cicerón alababa la belleza y extensión del mar admirando la cantidad y diversidad de sus islas (*De nat. deorum*, II). Una de las islas más citadas en la literatura latina es la legendaria Tule, sobre todo en aquellos famosos versos de la *Medea* de Séneca, en los que se profetizan unos tiempos venideros en los que se descubrirán nuevas tierras y Tule ya no será el límite del universo. La isla Tule, sin embargo, ya había sido conocida unos siglos antes por mediación del griego Piteas de Marsella. Justamente el proceso por el cual una isla verdaderamente existente se convierte en isla fabulosa va a ser el tema de la conferencia de Monique Mund-Dopchie, verdadera especialista de la isla Tule en la Antigüedad y el Renacimiento.

Posiblemente sea la India, después de Grecia, el espacio geográfico donde se ubique uno de los imaginarios insulares más interesantes de toda la historia. La India, como extremo oriental del mundo conocido, era para los griegos un mundo diferente, extraordinario, en el que abundaba toda clase de maravillas. Ello se produce, sobre todo, a partir de las conquistas de Alejandro Magno, a fines del siglo IV a. C. Un griego como Ctesias de Cnido, autor de un tratado sobre la India, es famoso por los seres fabulosos de todas clases que describe, así como por los fenómenos extraordinarios ubicados en islas que comenta. En la Edad Media, el imaginario insular de esta parte del mundo se ve considerablemente incrementado con las descripciones de especies insulares debidas a los relatos de viajes como el de Marco Polo o a libros fantásticos de extraordinario éxito, como el de Juan de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*, exhaustivo periplo insular por estas tierras orientales. En nuestro Seminario se ocuparán de estas islas, en la época de los descubrimientos, el latinista Juan Gil y la romanista Isabel de Riquer.

Otro pueblo oriental proclive igualmente al universo de las islas es el árabe. Hay todo un maravilloso islario árabe, magistralmente descrito por el italiano Angelo Arioli, en el que figuran, entre otras, unas islas de las Mujeres, del Demonio, de la Razón, etc., así como la isla Móvil, equivalente de la isla flotante de la literatura griega, o la Isla-pep, antecedente árabe de una de las más famosas islas del itinerario del monje irlandés de San Brandán. Muchas de las islas fabulosas árabes empiezan su andadura en *Las mil y una noches*, y continuarán siendo citadas en obras de contenido geográfico como el tratado de Al-Zuhri del siglo XII. Las islas árabes medievales serán abordadas en nuestras Jornadas por el historiador francés Pierre Guichard.

Hay tres literaturas europeas en las que el fenómeno de la isla es muy importante y que serán objeto de debate en nuestro seminario: las literaturas inglesa, francesa y castellana. Al ser el inglés un pueblo insular, nada tiene de extraño que en su seno hayan nacido algunos de los tipos literarios de islas más famosos. Es el caso, por ejemplo, de *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, o *La isla del tesoro* de R. L. Stevenson. El primero de ellos ha dado origen a todo un género literario insular: la *robinsonada*. La visión insular impregna profundamente toda la literatura de expresión anglosajona, empezando por la *Utopía* de Tomás Moro y terminando con el antillano Derek Walcott, premio Nobel de Literatura en 1992, uno de cuyos libros de poesía más famosos lleva por título precisamente *Islas*. Otros escritores de expresión inglesa en los que el motivo de la isla es importante son el propio W. Shakespeare (*La Tempestad*), J. Swift (*Viajes de Gulliver*), E.A. Poe (*La isla del hada*), D. H. Lawrence (*The man who love islands*), W. Irving (*El Adelantado de las Siete Ciudades*), L. Carrol (*The Hunting of the Snark*), W. Golding (*El señor de las moscas*), N. M. Gunn (*The Green Isle of the Great Deep*) y A. Huxley (*Island*). Pues bien, el tema de la insularidad en la cultura islandesa medieval será desarrollado en nuestro Seminario por el Catedrático de Filología Inglesa, Enrique Bernárdez.

A pesar de no ser insulares, los franceses cuentan entre sus escritores algunos de los más representativos de la literatura universal por la importancia de las islas en sus obras. Es el caso, por ejemplo, de Julio Verne, o de F. Rabelais. Otros grandes escritores franceses destacados por la atención a las islas podrían ser Fénelon, Rousseau, Marivaux, Bernardin de Saint-Pierre, G. Grivel (*La isla desconocida*), y P. Benoit (*La isla verde*). Pero donde el motivo insular es más importante en la literatura francesa es, a nuestro entender, en las grandes obras de su época medieval, entre las que cabe destacar todas las de Chrétien de Troyes o María de Francia, así como *Lancelot en prosa*, *Le roman de Brut*, *Le roman de Troie*, *Escanor*, *Sone de Nansay*, etc. Islas como las de Tenedon, Moysant, Bogie, Femenie, Durier o Tornoiant son buenos ejemplos del maravilloso islario francés medieval que será objeto de análisis por el Profesor Jesús Cantera.

Finalmente, descripciones insulares son también frecuentes en la literatura en lengua castellana. Por citar sólo tres ejemplos de nuestro tiempo recordaremos el breve relato de Julio Cortázar *La isla a medio día*, la obra

de A. Bioy Casares *La invención de Morel*, y *Los mares del Sur*, de M. Vázquez Montalbán, cuarta entrega de su serie sobre los avatares del inspector Carvalho. De las descripciones de islas más o menos poetizadas en la literatura en lengua castellana de los últimos años destacaríamos aquí igualmente las obras de dos escritores insulares: la del portorriqueño Eugenio F. Granell, *Isla cofre mítico*, y la de la cubana Julieta Campos, *El miedo de perder a Eurídice*, esta última la más exhaustiva antología insular que conozco de toda la literatura universal. Esta tradición insular de la literatura castellana se remonta a la Edad Media y el Siglo de Oro. Conocido es el papel que juega la isla en la obra de Cervantes, especialmente en *El Quijote*, con las islas *Firme*, *Malindrania* y, sobre todo, la utópica *Barataria*. Menos conocida, en cambio, es la ingeniosa isla de Quevedo de *La hora de todos y la fortuna con seso*, llamada *Monopantos*, neologismo creado sobre la base del griego, que significa algo así como «todo para uno». Pero donde el universo insular en lengua castellana se hace más patente es en los libros de caballería de la época medieval, como ya nos enseñara en los años sesenta el recordado Catedrático de Literatura de nuestra Universidad Alberto Navarro González en sus monografías sobre el mar y el mito marinero de las ínsulas en la literatura medieval castellana. Sólo en el *Amadís de Gaula* tenemos las ínsulas Triste, Profunda, Firme, Mongaza, Fuerte, Torre Bermeja, Infante, No Fallada y Gravisanda. Esto da idea de la riqueza del motivo insular en este tipo de obras, que serán magistralmente descritas en la intervención de nuestro colega y amigo Nicasio Salvador.

Estas son las islas y sus literaturas, de las que aquí se va a hablar en los próximos días. En nombre de los organizadores quisiera, para terminar, agradecer muy profundamente a los conferenciantes su presencia en este Seminario, ya que nuestro conocimiento de los universos insulares se verá extraordinariamente enriquecido al término del mismo.